

LUIS VILLORO Y EL LENGUAJE DEL PROCESO DE LA INDEPENDENCIA

El medio académico está de luto por la pérdida de Luis Villoro (1922-2014), el filósofo existencialista, el luchador social, el perseguidor de utopías; también el historiador. *Los grandes momentos del indigenismo en México* (1950) y *El proceso ideológico de la revolución de independencia* (1953) son grandes libros de historia que continúan estimulando la reflexión y la crítica. En particular, el segundo de ellos dejó una huella sensible en la historiografía, y a él dedico estas líneas.

De acuerdo con su prólogo, el libro no pretendía “suplantar la tarea del historiador especializado”, sino “coadyuvar en su labor, proponiendo posibles métodos y criterios interpretativos”; pero éstos resultaron tan audaces que trastocaron la forma convencional de entender el proceso de emancipación. En los años siguientes, Villoro volvió sobre su obra, haciéndole algunos cambios e incorporando nueva bibliografía. El título original (*La revolución de independencia*) y el prólogo se transformaron en las ediciones sucesivas; lo mismo que algunas categorías con las que quiso trascender el binomio de “criollos” contra “peninsulares” y presentar un esquema de grupos sociales en pugna.

Los cambios experimentados en la segunda edición del libro revelan que éste no postulaba un modelo rígido y acabado. Villoro trató de construir su propio sistema, complejo y susceptible de matices, que permitiera entender los intereses en juego sin negar las contradicciones de sus participantes. Enfatizó, por el contrario, las “actitudes” cambiantes de los actores políticos. Concibió el “futurismo” y el “preterismo” (“dinámico” o “estático”) como modos de actuar ante el devenir histórico. Consideró, además, una tercera forma, el “instantaneísmo”, donde cabían la “ligereza” y el “frenesí” de Hidalgo sin menoscabo de sus propios ideales de cambio o de sus propios impulsos de conservación.

Pero tal vez la mayor fuerza del libro radique en su habilidad para engarzar la teoría con el sustento documental. Con un estilo fresco y seductor, el autor interpretó e hizo propio, hasta cierto punto, el lenguaje de sus fuentes. Citaba las expresiones que le parecían más representativas de los discursos enfrentados; distinguía en cursivas los sustantivos y adjetivos que más le atraían, y los incorporaba después al hilo de su propia argumentación, procurando no violentar su significado. En su búsqueda del ser o espíritu “del hombre”, Villoro se encontró con el lenguaje de una época: “Llegados a ese plano del análisis, quizás nos parezca oír, a pesar de la relatividad de las actitudes históricas, las palabras de un lenguaje común; tal vez creamos percibir, repetidas en distintos registros, las notas de una misma nostalgia, de una común inquietud, de una idéntica esperanza. Ese es el lenguaje que invitamos a estudiar”. Para él, las palabras no eran meros indicios de la permanencia de saberes tradicionales o de la “influencia” de doctrinas extranjeras; sino, ante todo, vehículos de comunicación que dependían de la intención o necesidad de quien las usaba; vocablos polisémicos, inquietantes, sugerentes e inestables, como sus propias categorías.

Los rasgos generales de la interpretación de Villoro se popularizaron gracias al capítulo que elaboró para la *Historia General de México*. Después de casi tres décadas, este último fue remplazado por un nuevo estudio más acorde con los avances historiográficos. El viejo libro, en cambio, sobrevive con la fuerza de un clásico; sigue siendo una interpretación vigorosa que dialoga con las reflexiones contemporáneas sobre el tema. El modo de lidiar con los lenguajes pretéritos es uno de los aspectos de la obra que continúan seduciendo al lector y motivando la reflexión y la crítica en los investigadores.

El proceso ideológico de la independencia sigue vivo como lo está también el recuerdo de Luis Villoro, filósofo e historiador, a quien evocamos en esta nota.



Gabriel Torres Puga
Marzo de 2014

